



EL JARDIN ENGAÑOSO.

PRIMERA PARTE.

Con el favor de Maria,
que como Madre de gracia
á los hombres comunica
la salud pará sus almas,
pues de su gracioso Hijo

todo lo que pide alcanza:
aquella que de ab eterno
ya fué á Dios destinada
para ser del Verbo Madre,
y fué concebida en gracia,

poniendo el fiero dragon
 por trofeo de sus plantas:
 aquella que vió San Juan
 con grande perspicacia
 que estaba del Sol vestida,
 y de la luna calzada,
 y una corona de estrellas
 sobre sus sienes sagradas;
 á la vara de José
 á la hija de Santa Ana,
 para de una vez decirlo
 á la Virgen soberana
 con titulo del Rosario
 es á quien mi afecto llama,
 para que me dé su ayuda
 y me asista con su gracia,
 dé luz á mi entendimiento
 y vigor á mis palabras,
 porque explique á los oyentes
 con brevedad y eficacia
 á cuanto el amor abliga;
 las penas que el amor causa,
 los desatinos y enredos
 que entre los amantes pasan.
 Pero para que me canso,
 si es cosa evidente y clara,
 que todo al amor se rinde,
 todo el amor lo avasalla.
 Oigan pues aquesta historia,
 que admiran sus circunstancias,
 comienzo de esta manera,
 atencion á mis palabras.
 En la ciudad mas insigne
 que alumbra el sol y el mar baña
 que es Lisboa, pues merece
 del mundo las alabanzas:
 en esta ciudad ilustre,
 de Portugal corte y mapa
 del orbe por populosa,
 bien dispuesta y dilatada,
 en esta ciudad nació
 de muy ilustre prosapia,
 adornado de mil prendas,

Don Geronimo de Alvara,
 tan ilustre en su linage.
 y tan antigua su casa,
 que en el reino lusitano
 es de todos venerada.
 Tuvo de su matrimonio
 dos pimpollos ó dos ramas,
 era D. José el uno,
 Don Fadrique al otro llaman,
 que si el uno era bizarro,
 el otro se le aventaja.
 Tan ilustres y aplaudidos
 en la ciudad se admiraban,
 que fueron los dos pimpollos
 de la real casa de Alvara.
 Siendo pues de doce años
 Don José, segun declara
 la historia y que Don Fadrique
 á diez años no llegaba,
 cuando cortó á padre y madre
 el vital hilo la parca.
 Huérfanos los dos quedaron.
 pero con riqueza tanta,
 que con maestros pudieron
 aprender buena enseñanza.
 Crecieron los dos hermanos,
 y ciñendose la espada,
 fueron por su gran valor
 respetados en su patria.
 Eran en suma bien quistos,
 politicos que admiraba,
 de todos muy estimados
 por su conducta y prosapia,
 dotados de cuantas prendas
 á un buen caballero esmaltan.
 En frente de los balcones
 de su primorosa casa
 vivia una gran señora,
 llamada Doña Constanza,
 mas vella que dos mil soles,
 y mas airosa que Palas,
 y que solo con su vista
 los corazones robaba.

Sus perfecciones no digo,
por no hacer la historia larga;
pues era mortal envidia
de las deidades humanas.

Tiró Cupido una flecha
al corazon de Constanza.

por mano de D. José,
tanto que de amor se abrasa.

A este tiempo D. Fadrique
pena y muere por Constanza;

Costanza le aborrecia,
tanto que cuando pasaba

por frente de sus balcones,
por no verle los cerraba.

Tenia tambien consigo
Doña Constanza una hermana,

llamada Doña Teodosia,
tan hermosa y tan bizarra,

que si Constanza era bella,
era mas linda la hermana.

Teodosia por Don Fadrique
dias y noche pasaba

en un penar muy continuo,
pues de fino amor se abrasa,

dando de su pasion ciega
demostraciones muy claras.

Fadrique la aborrecia,
pues solamente á Constanza

su amor le habia entregado,
potencias, sentidos y alma.

Viendo la noble señora,
que Don Fadrique penaba,

y que Don José su hermano
era el que la robó el alma,

se valió de la prudencia,
y una noche que pasaba

Don Fadrique por su calle,
por una ventana baja

le llamó con gran secreto.
y le dijo estas palabras:

señor Don Fadrique, yo
soy la infeliz Constanza,

mas temo que por hermosa

tengo de ser desgraciada.

Don José su amado hermano,
mayorazgo de su casa,

me lleva las atenciones,
y estoy de su amor prendada.

Y asi, señor Don Fadrique,
puede buscar otra dama,

que si yo no soy su esposa,
es que quiero ser su hermana.

No dijo mas: y con esto,
cerrandole la ventana,

quedó el señor Don Fadrique
como un tigre con tal rabia

que un leon en lo iracundo
parecia, pues hechaba

mucha espuma por la boca,
maldecia y perjuraba.

Quién dijera, quién dijera,
que amor le precipitara

un hecho el mas asombroso,
á la mas enorme infamia,

que fué dar muerte á su hermano.
Asi fué: pues á su casa

caminó con ira y furia,
y sin hablarle palabra,

y sin que se defendiera,
pues descuidado se hallaba;

le dió á Don José su hermano
una tan fuerte estocada,

que le derribó en el suelo,
y con cuatro puñaladas

le dió la muerte, y despues
con ferocidad osada

en un pozo le arrijó,
sin que nadie de la casa

fuese testigo del hecho.
Y recogiendo la plata,

se salió con su caballo,
y en Almeria se embarca

en un navio soberbio,
que navegó con bonanza

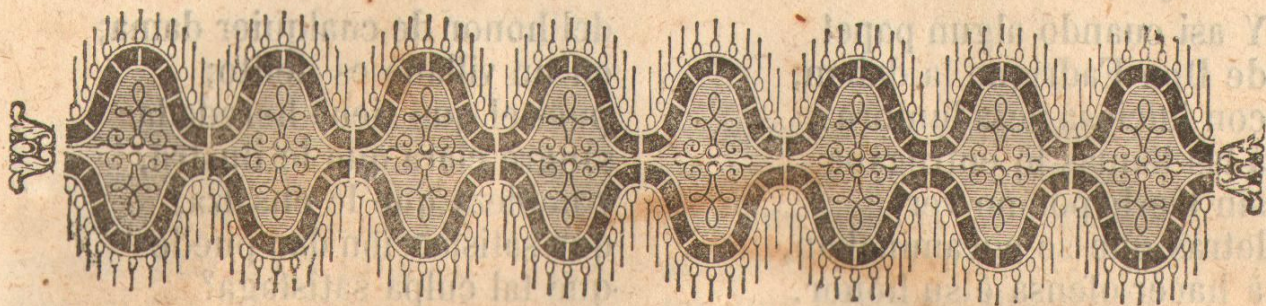
hasta el reino de Sicilia;
y en la provincia de Italia

estuvo catorce años, sin dar la vuelta á su patria, espendiendo su tesoro; pero siempre le arrastraba su pasion á que volviera á ver á su gente amada. Dejemos á Don Fadrique, y volvemos á Constanza que pasó toda la noche de aquella infeliz desgracia, esperando á Don José; y otro dia de mañana, cuando se supo en Lisboa de Don Fadrique la falta, y de Don José su hermano, (que su muerte se ignoraba, y estuvo siempre en secreto, pues indicios no se hallaban de pendencia, robo, ó crimen, que ser muerto se juzgara) se hicieron las diligencias por ver si los encontraban. Se informan de los vecinos y criados de la casa; nadie dice haberlos visto, ni saber adonde paran. Y como no los hallaron; preguntandole á Constanza, si sabia algo del caso, respondió no saber nada; más siempre tuvo recelo,

que maldad habria armada por el ingrato Fadrique, mas calló disimulada. El Rey se tomó la hacienda, quedo perdida la casa, Don José de Alvara muerto en un pozo ciego estaba dentro de su casa misma, sin que entonces se pensara en querer reconocerle; Don Fadrique allá en la Italia, Lisboa en gran sentimiento, llena de pesar Constanza, Teodosia afligida y triste: reparad lo que amor causa cuando pasa ya á locura, y es pasion desordenada, que á todo riesgo se empeña quien de él herido se halla. No se pasaron dos meses, cuando se casó Constanza con un noble Caballero que Don Carlos se llamaba de Mendez por apellido, de rica y noble prosapia, siendo muchos los festejos; que hicieron por esta causa los amigos y parientes. Y en otra segunda plana diré como Don Fadrique, se restituyo á su patria,

FIN

de la primera parte.



SEGUNDA PARTE DEL JARDIN ENGAÑOSO.

Ya deja la primer parte casada á Doña Constanza, Don José de Alvara muerto, y Don Fadrique en Italia, y prosiguiendo la historia, silencio á todos se encarga. Asi que supo Fadrique que se ignoraba su infamia, trató luego de volverse á su muy querida patria, y en un barco genovés que partia para España, se embarcó, y en Gibraltar desembarca, y su jornada á Portugal endereza, en donde fué con estrañas muestras de amor recibido de todos sus camaradas. A sus deudos y parientes por su hermano preguntaba, fingiendo con sentimientos, sentia mucho su falta. Y aunque supo por mu y cierto

que Constanza era casada, no obstante quiso seguir sin freno su depravada pretension, por ver si acaso puede llegar á gozarla, O fiero horrible delito! ó pasion desordenada, que asi ofuscas á los hombres las tres potencias del alma, sin que puedan del discurso tomar la buena ensenanza! Asi seguia Fadrique sin rienda su depravada intencion, solicitando con villetes y con cartas atraer á su cariño á la que no se acordaba haberle tenido amor en ningun tiempo, y amaba en extremo á su marido, y aunque tanto no le amara, el haber nacido noble para su honradéz bastara,

Y así cuando algun papel
 de Don Fadrique la daban,
 con juiciosa pesadumbre
 á las llamas lo entregaba
 sin leerle por no ver
 letras que se encaminaban,
 á hacer ofensa é su honor.
 Y viendo no aprovechaban
 todas estas diligencias,
 dejó Fadrique las cartas,
 y con musica y paseos
 la calle escanda'izaba.
 Viendo esta buena señora,
 la desatencion sobrada
 de este noble caballero,
 y que su hermana prendada
 estaba de su aficion,
 de tal suerte que en la cama
 la tenia una profunda
 melancolia postrada,
 de modo, que á peligrar
 llegó su vida y Constanza,
 como tanto la queria,
 quiso ver si con palabras
 persuadiria á Fadrique,
 que con ella se casara.
 Y enviandole á llamar,
 vino luego sin tardanza;
 recibióle con agrado,
 y con corteses palabras
 le dice que tome asiento;
 y el mancebo con bizarra
 gallardia corresponde,
 y de esta suerte la habla:
 á la vista de tus ojos
 de cualquier suerte descansa
 mi corazon dueño mio;
 di lo que quieres, que aguarda
 el alma salga el asunto
 de ese tu pecho. Y Constanza
 así comenzo á decir:
 señor Don Fadrique Alvara,
 pretender el menos cabo

del honor de cualquier dama;
 en un villano es delito;
 pues el que tiene heredada
 sangre clara que le ilustra,
 y nobleza que le ensalza,
 que satisfaccion dar puede
 que tal culpa satisfaga?
 Sabes que soy bien nacida?
 ignoras que soy casada?
 dudas que mi esposo es noble?
 Si esto sabes, como ultrajas
 con tantas desatenciones
 todo el honor de mi casa?
 qué pretendes alcanzar?
 muy loca es tu confianza,
 pues tengo esposo á mi gusto,
 soy noble y aquesto basta.
 Mas porque entiendas que yo
 te estimo, con mano franca
 te daré esposa que á mi
 en la nobleza me iguala,
 en la hermosura me escede,
 como es Teodosia mi hermana,
 noble, virtuosa, honesta,
 hermosa prudente y sabia,
 la cual á tu gallardia
 tiene rendida su alma,
 En cuanto mi hermana quiere,
 que respondes? que hablas?
 Respondióla desatento
 con osadia sobrada:
 como yo logré tus brazos,
 hermosísima Constanza,
 te doy palabra de hacer
 todo cuanto á ti te plazca.
 Viendo tal desatencion,
 con una impaciencia honrada
 le dijo: cuando tu hicieras
 de la noche á la mañana
 en esta plaza un jardin
 de cuantas flores se hallan,
 entonces conseguirias
 tu intento y aquesa vana

pretencion de tu locura.
 Y dicho esto, se aparta
 de su vista; y él quedando
 corrido con ira y saña
 dijo: si con eso logro
 todo el fin de mi esperanza,
 te doy palabra de hacerlo,
 aunque aventure mi alma.
 Saliose despavorido,
 y cual vivora pisada,
 perturbados los sentidos,
 al demonio busca y llama.
 No se tardó en acudir,
 pues no puso bien las plantas
 en la calle, cuando oyó
 un hombre que le llamaba.
 Acercóse á él, y le dijo:
 que me quieres, camarada,
 que ansioso me buscas?
 yo soy el que tu llamabas,
 yo soy el demonio, pide.
 Y como tan ciego estaba,
 le dijo: muy obligado
 quedaré, como me hagas
 en frente de este balcon,
 en esta espaciosa plaza
 un jardin de cuantas flores
 por todo el mundo se hallan,
 con pajarillos que alegren
 con su dulce consonancias;
 si lo haces, te daré
 una cédula firmada
 de mi mano, en que serás
 dueño y señor de mi alma.
 Respondióle soy contento,
 venga, amigo, aquesa carta.
 Sacó luego Don Fadrique
 de un estuche una navaja,
 y abriendo sus propias venas,
 escribió en letras de grana;
 el alma doy al demonio
 por el amor de Constanza.
 Se la dió, y dijo al partirse;

si mi esclavo ya te llamas,
 de que te sirve el rosario
 con que ciñes la garganta?
 arrójale. Y él responde:
 no, que hasta ver tu palabra
 cumplida no soy tu esclavo;
 logre yo mis esperanzas,
 y desde luego soy tuyo,
 y harás lo que mas te plazca.
 Tú lograrás tu intencion,
 roplícó, vete y descansa.
 Desapareció el demonio,
 Fadrique se fué á su casa,
 olvidado de la ofensa
 contra Dios ejecutada,
 deseando amaneciese:
 y ántes que rayáse el alva,
 se fué al sitio señalado,
 y quedó obsorto al ver tanta
 variedad de hermosas flores:
 juzgó que alli se ostentaba
 el palacio de Amaltea;
 ó era de Flora la estancia;
 pues lo vario en los colores,
 tanta yerba, tanta planta,
 tanto alegre pajarillo,
 con alegres consonancias,
 lisongeaban el viento,
 y á los ojos admiraban.
 A cuyo tiempo Don Cárlos,
 el marido de Constanza,
 saliendo á abrir el balcon,
 al ver maravilla tanta,
 y tan grande novedad,
 al punto á su esposa llama
 la cual se quedó suspensa,
 atónita y asustada,
 pues la vino á la memoria
 al instante la palabra
 que habia dado á Don Fadrique,
 y en razones mal formadas
 á la Virgen del Rosario
 en su ayuda implora y llama,

Del susto que recibió,
 quedóse allí desmayada
 en los brazos de su esposo:
 y él que todo lo ignoraba
 dió voces á su familia,
 y subió entre las criadas
 y criados Don Fadrique
 á ver novedad tan rara.
 Apenas volvió del susto
 la vellísima Constanza,
 hechos sus ojos dos fuentes,
 prorumpió en estas palabras;
 Carlos, esposo y señor,
 oye mis voces y en nada
 interrumpas mis razones,
 pues yo soy de todo causa.
 Sabrás como Don Fadrique
 desde muy niño me amaba:
 por mi dió muerte á su hermano,
 y cuando volvió de Italia
 solicitó mis amores;
 y yo, viendo que mi hermana
 estaba de su afición
 tan sumamente prendada,
 le envié á llamar un dia,
 por ver si con mis palabras
 bastaria á persuadirle
 que casase con mi hermana.
 Respondiome desatento,
 que él á mi solo me amaba.
 Y yo enojada respondo
 diciendole estas palabras:
 que cuando hiciera un jardín
 en medio de aquea plaza,
 con yerbas, plantas y flores,
 de la noche á la mañana,
 que entonces sería suya.
 Y pues he sido liviana
 en poner precio á mi honor,
 dame la muerte, qué aguardas?
 Sorprendido Don Fadrique

y mas que todo, tocada
 su alma en el interior,
 conociendo su desgracia,
 exclamó: yo soy el reo,
 y á quien la Divina Gracia
 solamente puede dar
 alivio á mi pobre alma;
 é incandose de rodillas,
 con ambas manos cruzadas,
 bañado en lagrimas, dijo:
 Emperatriz Soberana,
 Madre mia del Rosario,
 vuestra intercesion me valga
 con vuestro querido Hijo,
 para que sea mi alma
 rescatada, pues la tengo
 cautiva y enagenada.
 En el momento el demonio
 con grande furor y rabia
 se le presentó, y rompiendo
 la cédula que firmada
 le habia dado Don Fadrique,
 desapareció, y la sala
 dejó apestada de humo,
 y al punto se desvarata
 el engañoso jardín,
 dejando en aquella plaza
 un hedor tan insufrible,
 que á los que serca habitaban
 les obligó á que dejaran
 por algun tiempo sus casas.
 Allí delante de todos
 pidió Fadrique á Constanza
 y á Don Carlos, que á Teodosia
 rogase que se casara
 con él, y aquel mismo dia
 los hizo casar Constanza.
 Portugal quedó asombrado,
 Lisboa quedó admirada,
 y aqui rendida la pluma
 el benigno indulto aguarda,

FIN.